

# LA JORNADA DE TERCEIRA DE 1583

Hugo O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA  
Correspondiente de la Real Academia de la Historia



## Escenario histórico



A accesión de Felipe II al trono portugués tuvo que apoyarse en la fuerza de las armas. Pese a que, desde la desaparición en Alcazarquivir como cruzado del romántico don Sebastián, la línea sucesoria preferente se mostraba clara, y de que durante el breve reinado de su tío, el cardenal infante don Enrique, se había intentado preparar la aceptación del rey español desde el propio poder y con notable apoyo de la nobleza; lo cierto es que la animadversión del pueblo llano portugués hacia lo castellano la hizo difícil.

Portugal había consolidado su propia nacionalidad e idiosincrasia frente a Castilla. La casa de Avis había llegado al trono en circunstancias parecidas dos siglos antes; frente al legítimo sucesor, Juan I de Castilla, el pueblo había preferido a un bastardo, pero portugués, el maestre don Juan, y Aljubarrota (1385) había sellado definitivamente su destino permaneciendo el recuerdo de esta batalla permanentemente vivo y militante hasta entonces, continuando aún en nuestros días.

Aunque no se trataba de una anexión, sino de una unión de reinos bajo un mismo cetro que respetaba las estructuras políticas internas, se temía la enorme fuerza expansiva castellana y la disparidad de intereses, por lo que, pese a que los cinco gobernadores provinciales se manifestaron partidarios de don Felipe tras la muerte del rey cardenal, el prior de Crato, don Antonio, hijo natural del infante don Luis fue aclamado por sus partidarios en Santarem en 1580.

«Por sucesión legítima ha venido  
a Felipe este reino lusitano;  
mas la gente plebeya ha escogido  
por rey á otro falaz y bien tirano.»

(Anónimo castellano contemporáneo).

Una rápida campaña del duque de Alba por tierra, secundada por el marqués de Santa Cruz por mar, redujo la resistencia, y a la entronización del rey español como Felipe I en Lisboa siguió el acatamiento del imperio transoceánico del mismo como *rei mais lusitano*, que culminó con el del Maluco tras la entrevista del emisario real, el alférez Francisco Dueñas, con el capitán mayor de esa región, a finales de 1581.

La excepción al comportamiento general la constituyó el archipiélago de Azores o Terceras, donde los numerosos activistas del prior incitaron a la población a negarse a alzar pendones por don Felipe y solicitar ayuda al extranjero, petición rápidamente atendida, aunque no oficialmente admitida por estar en paz con España, por dos mujeres: la reina madre de Francia, Catalina de Médicis, e Isabel Tudor, que pretendían minar así el poderío hispano.

Los partidarios del rey español se concentraron en la isla de San Miguel, la mayor y más poblada, mientras que Angra, en Terceira, se convirtió en sede del pretendiente que, contando con fuerzas y armamento superiores, redujo a los de San Miguel a una defensiva expectante, mientras realizaba una depuración general de enemigos internos, llevaba a cabo una amplia labor reclutadora y fortificadora para prevenir cualquier invasión, preparaba una expedición a Cabo Verde para extender la sublevación, y recurría a las potencias europeas rivales de España en busca de reconocimiento y ayuda.

### **La importancia político-estratégica de las Azores**

Cuando se echa una mirada sobre el inabarcable imperio bajo la corona filipina, puede resultar sorprendente que la conquista de un archipiélago de poco más de 2.000 km<sup>2</sup> pasase a ser el primer objetivo militar tras la conquista del Portugal metropolitano, empleándose en ella buena parte del potencial naval y militar de la España de la época.

Con Flandes en plena rebelión, imperiosamente necesitado de refuerzos, el turco, repuesto tras Lepanto, Argel y otras soberanías norteafricanas émulas de éste en plena actividad depredadora de costas y rutas mediterráneas, las comunicaciones y las propias Indias amenazadas por corsarios de tres naciones europeas, se da sin embargo prioridad total a esta empresa en el momento más difícil, cuando el enemigo está más preparado, socorrido y fortificado.

Las razones para esta medida inmediata fueron, sin embargo, determinantes y obligadas.

Desde el punto de vista de política interna, no se podía dar por perfeccionada la conquista de Portugal, ya que el ejemplo de las Terceras podía ser secundado por otras posesiones ultramarinas, como Guinea, Brasil o Calicut, en cualquiera de los tres continentes, y donde hubiera sido mucho más difícil de focalizar cualquier sublevación.

El reconocimiento de Felipe II se había producido casi por inercia tras la caída de Lisboa; pero en el ánimo de muchos portugueses, europeos y coloniales prevalecía el deseo de tener un rey nativo y exclusivo sobre cualquier derecho sucesorio o consideración legitimista preferente.

Lo que pudiera ocurrir en Santa María, Terceira o Fayal necesariamente tendría que conllevar repercusiones de gran alcance.

El predicador dominico fray Simón, uno de los principales activistas de



Desembarco en Terceira. (Sala de las Batallas. Monasterio de El Escorial, patrimonio nacional).

don Antonio, declararía, tras su detención en Angra en 1583, que «... todos los della (Portugal) estaban á la mira deste subceso, del qual dependía la quietud y sosiego de la cristiandad» (1).

En otro orden de cosas, la posesión de Lisboa, y consecuentemente de todo el reino, siempre sería precaria de no dominar las islas, excelente lanzadera para cualquier invasión continental y punto clave en la ruta comercial con ultramar, ya que en ellas conflúan las de África por Guinea, las de América desde el Brasil y las de Europa desde el Báltico.

Por lo que respecta a la seguridad de la propia Carrera de Indias castellana, Azores había sido durante el reinado anterior y la parte transcurrida del corriente lugar habitual de acecho y espera de las naves por parte de los corsarios franceses e ingleses, que, aun sin disponer de bases en la zona, se aventuraban por estos mares borrascosos. En el pasado España había contado con la colaboración amistosa, aunque no muy efectiva, de Portugal, pero con las islas en poder de enemigos declarados, el propio sistema de flotas resultaría insuficiente.

(1) FERNÁNDEZ DURO, C.: *La conquista de las Azores en 1583*. Madrid, 1886, doc. 70. Relación de lo que se halló en la casa de la Aduana de la ciudad de Angla.

ciente, precisándose cuantiosísimos gastos en nuevas «escuadras de la guarda», que, en todo caso, estarían en desventaja al carecer de bases próximas.

Para los portugueses, y en su caso para los españoles, a la seguridad contra los elementos que proporcionaban los puertos más concurridos, como los de punta Delgada y Angra, y a la protección de sus fuertes, se sumaba el enorme beneficio de poder contar con aguada fresca en la última etapa tras un agotador viaje de calmas, y con unos bien aprovisionados magacenes y tinglados de pertrechos y repuestos y gran acopio de vituallas y alimentos frescos producidos por la floreciente agricultura y ganadería insular que convertían al archipiélago en autosuficiente. Como señala Demetrio Ramos, Azores servía de despensa para las flotas de retorno que en muchas ocasiones partían de La Habana para aprovechar los vientos favorables sin completar el aprovisionamiento (2).

La primera medida que Felipe II tomará con respecto al problema de Azores será la de consultar al marqués de Santa Cruz «por la práctica que tenéis dellas y de aquella navegación», si merecería la pena llevar a cabo semejante operación, «y si lo son de tanta consideración para lo de las Indias y también para lo de Portugal» (3).

En el plano internacional, la ausencia de respuesta adecuada en plena zona de influencia peninsular podía sumir en el mayor de los desprestigios a una corona que mostraba ya, en otros frentes más alejados, síntomas de impotencia y agotamiento.

Por otra parte, se sospechaba que, como contraprestación a la ayuda solicitada por don Antonio, Francia o Inglaterra obtuvieran alguna base en territorio insular portugués del Atlántico occidental, lo que aumentaría considerablemente la envergadura de la amenaza.

La solidez de esta sospecha quedaría confirmada con la confesión del citado predicador fray Simón, quien declararía: «...el intento del Rey (de Francia), y particularmente de su madre, era apoderarse destas islas y reforzarlas con gente y navíos para impedir el trato y comercio de las Indias» (4).

En la Biblioteca Nacional de París se conserva documentación referente a la oferta de don Antonio a Enrique III de Francia de la isla de Madera, Guinea, Brasil y el derecho de comerciar con las Indias orientales, a cambio de una ayuda sustancial que le permitiera obtener el trono portugués (5).

---

(2) RAMOS, D.: *Las Azores, punto clave en la relación ultramarina*, en «Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI». Actas del Congreso Internacional Lisboa 98, tomo VI, pág. 53.

(3) FERNÁNDEZ DURO, C.: *La conquista de las Azores en 1583*. Madrid, 1886, doc. 1. Madrid, 10 de febrero 1580. Museo Naval.

(4) FERNÁNDEZ DURO, C.: Relación de lo que se halló en la casa de la Aduana de la ciudad de Angla. Recogido por *Op. cit.* doc. 70.

(5) Madrid, 3 de abril 1580. Ms. Bibl. Nac. de París. F. fr. 16.107.

## Las dos primeras expediciones

La respuesta de Felipe II consistirá en la preparación de la conquista, que acabará requiriendo el enorme esfuerzo representado por cuatro sucesivas armadas, de las que sólo la última cumplirá plenamente su objetivo.

La primera de ellas, enviada al mando de don Alonso de Bazán, a principios de 1581, tenía por objetivo hacer acto inmediato de presencia con las fuerzas disponibles, consistentes en unos pocos buques, conminar a los rebeldes a la sumisión, comprobar la entidad y fuerzas a que se tendrían que oponer, e intentar un golpe de mano si se presentaba la oportunidad. La división naval ni siquiera pudo llegar a su destino por causa de los temporales, pero al menos se consiguió confirmar la contumacia y fue causa indirecta de que los partidarios de don Felipe triunfaran en la isla de San Miguel y también en la menor de San Jorge.

Comprobada la necesidad de emplear una fuerza bastante mayor, lo primero en lo que pensó el rey fue en reforzar y socorrer a estas islas rodeadas de enemigos, y en proteger el regreso de las flotas de ultramar, tanto de la portuguesa procedente de la India como de la españolas de América, ya que sus mandos desconocían el estado de sublevación y varios buques afectos a don Antonio se habían armado en corso y recibido en sus puertos navíos extranjeros al mismo objeto.

Por medio de entidades menores se abasteció San Miguel, y como cabo de la flota destinada a la protección de las flotas se nombró a don Pedro de Valdés, al que, además de este cometido, se le asignó el de ocupar Terceira si sus habitantes se sometían de buen grado, o si la ocasión permitía llevar a cabo una invasión.

Mientras se realizaban los preparativos, se recopilaron todo tipo de datos e informes sobre las costas y posibles desembarcaderos, dibujando el célebre ingeniero Tiburcio Spanochi la traza de los principales fuertes.

Para llevar a cabo la empresa se constituyeron dos divisiones: la primera, con seis naos, al mando del propio Valdés, debía recibir las flotas e, inmediatamente después, reunirse con la de Galcerán Fenollet, fuerte en 12 naos con diversos grandes barcones y artillería de batir, en la que iría embarcado el grueso de la infantería constituido por más de dos mil españoles y alemanes al mando del maestro de campo don Lope de Figueroa.

La expedición parecía suficiente en situaciones normales, pero Felipe II ignoraba el importante apoyo que del exterior habían recibido los rebeldes.

El 25 de julio de 1581, y sin esperar los refuerzos de la segunda flota, se producía el desembarco de 350 españoles al mando del capitán don Diego de Valdés, hijo del general, en una caleta próxima a Praya. La misión de esta pequeña fuerza era la de ocupar una altura próxima, fortificarse, y esperar a la auténtica fuerza de invasión, constituyendo una cabeza de playa.

El éxito inicial cegó a los españoles. Tras tomar la batería que protegía el lugar y dispersar fácilmente a los defensores, Valdés ordenó internarse en



Don Álvaro de Bazán (1526-1588), primer marqués de Santa Cruz. (Museo Naval, Madrid).

formación de combate, cruzando por una depresión donde les esperaba el grueso de las fuerzas enemigas, estimado en 2.000 hombres de a pie y de a caballo. El veterano escuadrón no flaqueó, e incluso repelió la acometida; pero una estratagema impensada consiguió deshacerlo: a través de la angostura provocaron los isleños la estampida de varios centenares de bueyes, que atropellaron y pisotearon la formación; a continuación pudieron valerse ya de su superioridad numérica, masacrando a los supervivientes.

Mientras que don Pedro de Valdés fracasaba en sus dos misiones, la armada de refuerzo tomaba contacto con las naves procedentes de la India, y más tarde, reunidos todos, Valdés propuso intentar un nuevo desembarco, pero los generales portugueses se negaron a salirse de sus instrucciones,

por lo que regresaron a Lisboa debido a lo avanzado de la estación.

Felipe II, indignado por la actitud de su capitán general, que había desatendido su objetivo principal con gran riesgo de las flotas y fracasado en el secundario, lo puso en prisión nada más arribar a Lisboa, de la que sólo saldría en los prolegómenos de la Gran Armada contra Inglaterra de 1588, ante la necesidad acuciante de mandos experimentados. El fracaso dio ocasión a que se aprestasen buques y se reclutasen tropas en Francia a favor de los rebeldes, por lo que hubo de planearse una operación mucho más vasta, a cuyo frente se puso al marqués de Santa Cruz.

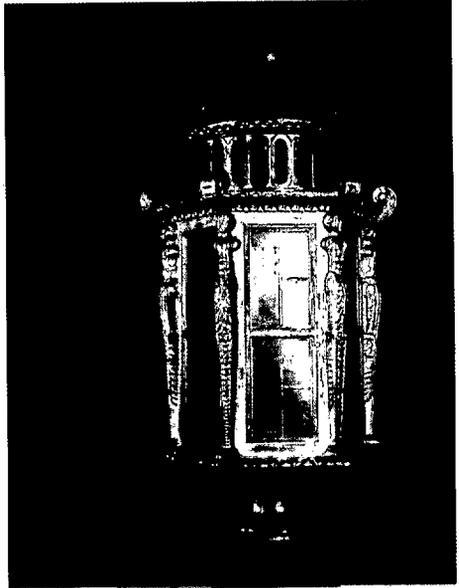
En los grandes preparativos quiso Felipe II que tomasen parte notable los portugueses leales, para demostrar que no se trataba sino de sofocar un conflicto interno.

A los buques de alto bordo se pretendió añadir 12 galeras, que no pudieron finalmente sumarse a la expedición ante el mal cariz que presentaba el mar y la imposibilidad de demorarse, pues se tenían noticias de haber zarpado ya la escuadra de Francia.

Mientras el duque de Medina-Sidonia recibía instrucciones de enviar un tercio de 1.000 hombres al mando del capitán Juan de Urbina a la isla de San Miguel, se aceleran los preparativos de invasión con la instrucción real de 13 de enero de 1582 y se estructura ésta. De hecho, desde varios meses antes se han

ido concentrando tropas y buques en Cádiz y Sanlúcar con acertada previsión.

A partir de este momento, don Álvaro de Bazán habrá de supervisar la actuación de los proveedores, del general de la artillería, don Francés de Alava, de la leva de la gente de guerra y de los constructores de 80 barcas chatas que se habrían de llevar para realizar el desembarco. El marqués de Santa Cruz, como capitán general y al uso de la época, se convertía en el responsable absoluto de los preparativos y del desarrollo de la operación, desde la corta de la madera para los buques de nueva fábrica hasta el feliz regreso de la expedición, licenciamiento de la tropa, devolución de los navíos embargados y pago de las indemnizaciones a que hubiese lugar.



Fanal de la galera *Estrastrozzi*.  
(Museo Naval).

La misión última era la conquista de las islas rebeldes mediante desembarco, y su puesta en defensa para el futuro. Sólo si se topaba en su camino o se presentaba la flota organizada en Francia, debía combatir en el mar. Eran las líneas generales que luego se adoptarían para la Empresa de Inglaterra de 1588.

Las directrices eran las siguientes:

- Caso de coincidir con la escuadra enemiga, presentar batalla para dominar el teatro de operaciones.
- De no ocurrir esto, o tras haber barrido de buques enemigos la zona, desembarcar con la protección de la escuadra atacando Angra los navíos y efectuando el desembarco con lanchas y buques de protección en una playa inmediata, para ir progresando por tierra.
- Más adelante se irían reduciendo las demás guarniciones e islas.

La gran esperanza de Felipe II era la de que no se tuviese que emplear la fuerza y se redujese la Tercera a su obediencia, «como es de creer lo hará, visto que va sobre ella tan gruesa armada» (6).

(6) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Real Instrucción al marqués de Santa Cruz para la jornada de la Terceira, 13 de enero 1582*. Museo Naval. Col. Navarrete, t. LXI. *Op. cit.* doc. 21.

## La batalla naval de la isla de San Miguel

El 10 de julio de 1582 la flota de invasión se hacía a la mar tras hacer fuego la pieza de leva en el río de Lisboa, donde se había concentrado.

Estaba compuesta por buques de muy diversos tipos y procedencias. A los dos galeones del rey, el *San Martín*, constituido en capitana, y el *San Mateo*, se habían añadido 18 naos: 10 guipuzcoanas, cinco portuguesas, una ragusana y dos de particulares; 10 urcas flamencas; seis pataches, junto con otros dos galeones y 23 buques diversos, procedentes de Andalucía, y que no participarían en la batalla.

Las 12 galeras de Francisco de Benavides, cuya participación estaba también prevista, tuvieron que regresar a puerto al primer temporal.

La muestra general de la infantería, tomada en Lisboa a finales de junio, daba una cifra próxima a los 8.000 hombres, a los que había que sumar unos 4.000 marineros, que se repartieron entre la totalidad de los buques, por lo que sólo la mitad llegaría a combatir.

Después de una accidentada travesía en la que se perdió contacto con los buques andaluces, llegó Bazán a San Miguel el 22 de julio, e inmediatamente avistó la escuadra enemiga, fuerte en 58 naves, de las que 30 eran de gran porte, decidiéndose en consejo de capitanes combatir, pese a la inferioridad manifiesta por parte española y a esperarse en breve la llegada del resto de buques que habían partido de Lisboa.

Resumiremos brevemente las circunstancias del combate, tratadas por tantos, y que no son objeto de este trabajo:

Tras haberse mantenido ambas armadas a la expectativa y procurando ganar barlovento, el día 25 se produce el primer encuentro que no resulta decisivo, y al mediodía del siguiente, el definitivo, en el que en un primer momento el *San Mateo*, al mando de don Lope de Figueroa, bastante apartado de la línea española, es atacado por una decena de naves contrarias, siendo abordado por ambas bandas. Su heroica resistencia permite a Bazán poner en fuga a otra de las divisiones francesas, mientras que la reserva fuerza vela para socorrer al *San Mateo*, lo que consigue, centrándose el combate en torno a la capitana francesa y al *San Mateo*. De vuelta Bazán en el *San Martín* impide que otras naves francesas auxilien a su capitana, que finalmente se rinde, provocando la desbandada general de su campo con pérdida de 10 grandes naves frente a ninguna española. Poco después fallecía a bordo el general francés Felipe Strozzi, que estaba malherido, y eran ejecutados en Villafranca 80 nobles y caballeros aventureros franceses y los prisioneros mayores de 17 años, en cumplimiento de las instrucciones reales: «hareis ahorcar á todos los extranjeros, como son franceses o ingleses» (7),

---

(7) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Instrucción particular del rey al marqués de Santa Cruz. 13 de enero 1582*. Museo Naval. Col. Navarrete, t. LXI. *Op. cit.* doc. 22.

aunque concediendo a los nobles el dudoso privilegio del degüello, como corsarios, rebeldes y piratas, habida cuenta de que no se había roto la paz con Francia.

La pérdida en vidas del enemigo ascendió a 1.200; y la de los españoles a 224.

Quedó esperando Bazán la armada de Andalucía al mando de Recalde, que no compareció hasta el 9 de agosto, con buena parte de la fuerza de desembarco, pero como no pudieron hacerlo ni las galeras ni las grandes barcas chatas y se precisaba de nuevo el concurso de la flota para recibir a las naves de Indias, se desistió de la operación principal, en beneficio de la cual se había conseguido el primero y más importante de los requisitos para el éxito: el dominio del mar.

Para facilitar, tras la invernada, el pendiente desembarco, se repararon las defensas de la isla de San Miguel, constituida en base de apoyo, se dejaron en ella 2.400 soldados a cargo del maestre de campo Agustín Iñiguez y 22 embarcaciones menores especialmente útiles para el barqueo. Es de señalar, sin embargo, que se había perdido con esta decisión una oportunidad manifiesta, ya que de acuerdo con el sistema e imperfecta organización de la época la expedición hubo de deshacerse, despidiendo gente, devolviendo barcos y malvendiendo vituallas, y todo el costoso proceso hubo de comenzar de nuevo. Por otra parte, aunque se había logrado el dominio naval en el teatro de operaciones, esta situación era coyuntural y temporal y se podría volver a perder. Por todo ello, el esfuerzo que aún restaba para culminar la empresa era ímprobo, y la flota y los diversos medios a emplear mucho mayores.

### Las directivas y la composición de la expedición definitiva

Las instrucciones para la formación de la nueva armada de 10 de febrero de 1583 son extremadamente exigentes, y en parte suponen una cierta crítica a la expedición anterior que obtuvo una gran victoria, pero no pudo o no supo explotar el éxito. De las tropas reclutadas con tantas dificultades, pocos quedaban, y el rey ahora exige que se extremen las precauciones con la nueva



Cervantes.

fuerza «porque no se deshaga ni se huya, como lo hizo el año pasado», añadiendo una dura apostilla, «por haberse anticipado en venir» (8).

El plazo para formarla sorprende por lo corto, debiendo estar en orden para partir, lo más tarde a mediados de abril, a fin de presentarse en ese mismo mes ante el objetivo «antes que puedan ir á ella los navíos que se podrían aprestar en Francia» (9).

El servicio de información había comunicado, en efecto, que Catalina de Médicis, pese al fracaso que había enlutado a media Francia, seguía apoyando a don Antonio y deseaba desquitarse. El intento por organizar inmediatamente una nueva y poderosa armada fracasaría sin embargo, al no obtener los mismos apoyos, pero tendría ocasión de enviar importantes socorros en hombres y armas a Terceira.

Las líneas de acción serán prácticamente idénticas, estudiándose la posibilidad de combatir en mar y tierra, aunque subrayándose la necesidad de efectuar en todo caso el desembarco, ya que de aparecer la armada enemiga Bazán debía salirle al encuentro con los navíos mayores, quedando éste a cargo de don Lope de Figueroa con las embarcaciones de desembarco y los buques de apoyo.

La secuencia de acciones ante los posibles acontecimientos quedaba establecida así: combate naval durante la travesía en caso de topár con la escuadra rival; volcar todo el esfuerzo y sin dilación alguna sobre la isla Tercera, dejando para más tarde las demás; desembarco en una playa cercana a Angra, la capital, efectuando maniobras de diversión y, en caso de aparecer las fuerzas navales enemigas, dividir las propias en la forma antes indicada; efectuado el desembarco, avanzar y tomar Angra al asalto, y, por último, proceder a la ocupación total.

Las diversas instrucciones daban asimismo normas para la ejecución ejemplar de los rebeldes contumaces y de sus auxiliares extranjeros, para la protección de las personas y propiedades de los que acatasen a Felipe II, de la población no combatiente y de las iglesias y comunidades religiosas y para la fortificación de las islas.

Para poder llevar a cabo, incluso simultáneamente, el combate en mar, el desembarco y el combate en tierra, la fuerza que se tuvo que reunir llegó a ser la mayor que de alto bordo se había visto hasta entonces, aunque sería superada, cinco años más tarde, por la gran expedición contra Inglaterra.

Se reunieron naves castellanas, venecianas, genovesas, napolitanas, guipuzcoanas, vizcaínas, ragusanas, catalanas, santanderinas de Castro y portuguesas, con un tonelaje total próximo a las 30.000 toneladas, con 4.000 marineros y 3.000 remeros.

---

(8) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Real Instrucción al marqués de Santa Cruz para la jornada de la isla Terceira, 13 de enero 1582*. Museo Naval, Col. Navarrete, t. LXI. *Op. cit.* doc. 21.

(9) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Real Instrucción al marqués de Santa Cruz para la jornada de la isla Terceira, 10 de febrero 1583*. *Op. cit.* doc 57.

En esta ocasión se procuraría por todos los medios que pudiesen actuar las galeras que, por su poco calado, tan útiles podían resultar en el traslado hacia la playa. Por ello se formó banda con doce de ellas dotadas de aparejo propio para el Atlántico.

Como novedad, se hicieron traer de Nápoles dos galeazas fuertemente artilladas por sus costados que podían aproximar al alcance de sus fuegos el objetivo con mucha más efectividad que los buques de alto bordo.

Pero el medio verdaderamente específico que se pretendía emplear eran las grandes chatas fabricadas a propósito en Sevilla dotadas de «ciertos artificios» que permitían abatir la proa en forma de rampa para cuando embarrancasen en la playa pudiera pasar la tropa directamente a tierra y, en caso de estar la posición a tomar en lugar más elevado, pudiesen servir de escala. Su dotación la componían seis marineros y cada una debía transportar un par de compañías.

El poeta García de Alarcón, asistente a la Jornada, nos las describe así:

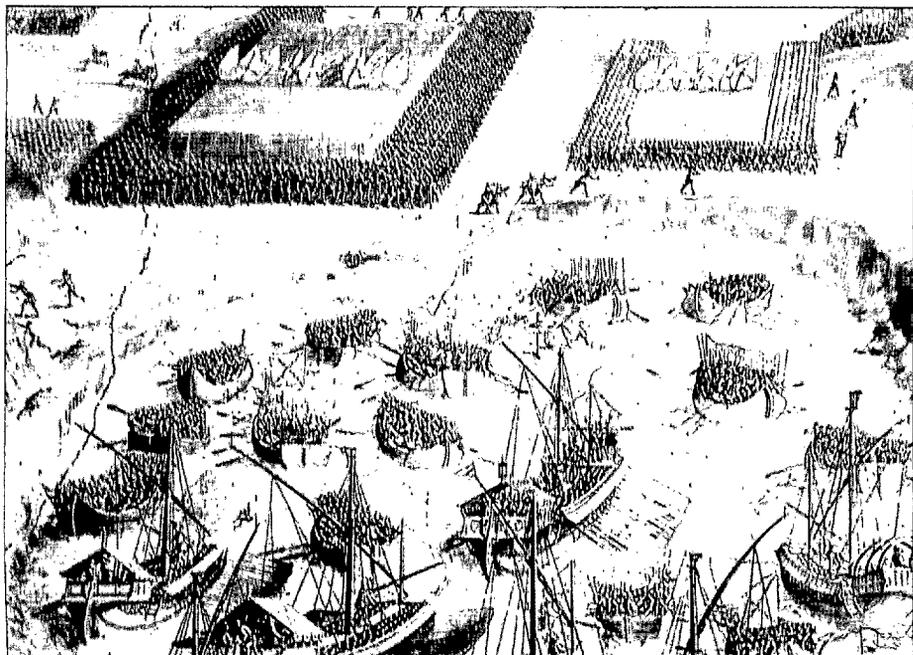
«Había unas barcas chatas, por tal arte  
fabricadas, que en proa, por los lados  
llevaban á la una y otra parte,  
dos muy gruesos tablones levantados,  
y una cuerda muy recia que se ensarte  
la polea, y los quicios bien holgados,  
con argollas de hierro en que se encajen  
las puentes con suban y se abajen.» (10)

El resto de la flota lo componía cinco galeones, de los que dos eran «galeones de la nueva invención», propiedad del mismo Bazán; 31 naves (naos y urcas), 27 buques de mediano tonelaje, pataches y zabras, y 14 carabelas portuguesas.

La gente de guerra ascendía a cerca de 9.000 hombres repartidos en las 54 compañías de cinco tercios, al mando de los maestros de campo y coroneles Lope de Figueroa, Francisco de Bobadilla, Félix de Aragón, conde Jerónimo de Lodrón (alemanes) y Luis Pignatelli (italianos). A éstos se habrían de sumar los españoles dejados en San Miguel la jornada anterior (maestre de campo Agustín Íñiguez), hasta completar la suma de 11.441 soldados.

Como convenía políticamente acentuar la participación portuguesa, a los más de 300 entretenidos y soldados particulares se añadieron 120 fidalgos de este reino y al ejército se sumó el llamado tercio de Portugal, de 1.449 hombres en 15 banderas, formado por españoles y portugueses procedentes de Andalucía y Oporto, a los que se sumaron las siete compañías de guarnición en el castillo de Lisboa. Íñiguez, por su parte, recibiría la orden de engrosar su tercio en San Miguel con gente del país.

(10) GARCÍA DE ALARCÓN: *La victoriosa conquista que don Alvaro de Bazán Marques de Sancta Cruz General de la Armada y exercito de Su Mag. hizo en las Islas de los Açores, el año de 1583*. Valencia, 1585. Recogido por Fernández Duro, *Op. cit.* págs. 155 y 156.



Detalle del desembarco en Terceira (patrimonio nacional).

A la artillería de los propios barcos había que añadir el tren de campaña (medios y cuartos de cañón y de culebrina, sacres, esmeriles, falcones, pedres...) y de sitio, formado este último por grandes piezas de batir del tipo cañón, para la expugnación por tierra de Angra y de las fortificaciones mayores.

El enemigo, por su parte, había tenido tiempo de fortificarse y pertrecharse, contando con cerca de 7.000 portugueses y 500 franceses que había dejado Strozzi antes de la batalla, a los que se añadieron nueve compañías enviadas con el nuevo general francés, el comendador Chartres. En 1583, Terceira disponía de 6.000 portugueses al mando de Manuel de Silva y de 3.000 franceses e ingleses.

### **El desembarco y toma de Angra**

En la madrugada del 23 de junio de 1583, dos meses después de la fecha tope puesta por el rey para la ejecución del proyecto, zarpaba de Lisboa la enorme flota, destacándose en avanzada la escuadra de galeras, al mando de don Diego de Medrano, sobre el resto del lento convoy, en el que las pesadas urcas marcaban la velocidad de marcha.

El 3 de julio llegaban las primeras a la vista de San Miguel, donde no hallan noticias de ninguna armada enemiga. En el caso contrario, su notable autonomía respecto de los buques de alto bordo les hubiera permitido dar la vuelta y notificar el suceso.

El día 13 de ese mismo mes llegaba el grueso, empleándose seis días en los preparativos previos al desplazamiento a la zona de desembarco en Terceira, renovándose la aguada. En las galeras se comprueban los parapetos y empavesadas, embarcando en ellas las compañías del maestro de campo Íñiguez con su impedimenta, y se recogen las 22 barcas menores, también chatas, que contribuirán al desembarco, junto con otros tipos de embarcaciones, incluidos los bateles de los propios navíos.

Otros cuatro días se tardó en aparecer ante Angra y Praya por sufrir vientos contrarios, navegando con los buques mayores atoados a las galeras y con las embarcaciones a remolque de los primeros.

Los fuertes de esta última plaza abrieron fuego, respondido por la flota, e inmediatamente se practicó un reconocimiento de los desembarcaderos próximos, mientras se conminaba mediante parlamentarios, que no fueron recibidos, a la inmediata rendición.

Recibido el primer informe, don Álvaro de Bazán embarcó en una de las galeras a fin de determinar por sí mismo el lugar concreto y los pormenores del desembarco, escogiendo un pequeño surgidero conocido como *Das Molas* que distaba dos millas de Angra y una de la villa de Praya y, aunque de peor acceso desde el mar que el centro de la extensa playa, parecía peor defendida contando solamente con un fuerte dotado de cinco piezas de artillería y una red de trincheras.

El asalto se inició esa misma noche, tras haber embarcado la primera ola, constituida por la mitad de la fuerza, en las embarcaciones que, formando grupos por hileras, fueron remolcadas por las galeras hacia el objetivo. Las galeras formaban así un frente de fuego con sus cañones de crujía en sus proas reforzadas y con buen contingente de arcabuceros parapetados en sus tamboretas o castilletes de proa, mientras protegían las embarcaciones que venían detrás. La oportunidad del uso de estas naves se comunicó a Felipe II, quien tomaría cumplida nota: «Quedo advertido de la importancia que han sido las galeras para la expugnación de la Tercera» (11), e intentaría llevarlas también en la expedición contra Inglaterra, viaje que sin embargo no pudieron resistir.

Mientras esta operación se estaba realizando con todo sigilo y con luces tapadas, dos galeras efectuaban una maniobra de diversión junto a la villa de Praya, para hacer creer al enemigo que el desembarco principal iba a tener lugar por ese lado de más fácil acceso.

---

(11) FERNÁNDEZ DURO, C.: *Felipe II a Santa Cruz, 5 septiembre de 1583*. Museo Naval. Col. Navarrete, t. XLI. Recogido como doc. 76, *op. cit.*

Tras una preparación artillera por parte de las galeras contra los atrincheros y batería del lugar escogido, que duró por espacio de una hora y descalgó varias piezas, apareció ante la playa la fuerza invasora.

Con las primeras luces del amanecer, tal y como estaba previsto, saltaban a tierra los soldados, aunque con grandes dificultades debidas a los escollos del sector; la fuerte resaca y bajo el continuo fuego artillero que se les hacía desde tierra que dejó de ser efectivo en cuanto las embarcaciones se aproximaron, dado que las baterías estaban emplazadas en alto, siendo sustituido este fuego por el no menos mortal de mosquetes y arcabuces de 500 franceses bien parapetados.

Desocupado el reducto principal por sus defensores, se formaron dos grandes escuadrones con sus correspondientes mangas de arcabuceros y mosqueteros, para dar cara a las fuerzas que empezaban a llegar desde Angra, donde permanecían acantonadas a fin de acudir al lugar exacto.

La progresión tendió a ocupar las principales lomas y posiciones aventajadas en un continuo tira y afloja con el enemigo.

Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel, sería uno de los primeros en poner el pie en tierra, por lo que rebiría merced de ventaja; Miguel de Cervantes participó asimismo en la gesta, en el propio tercio de don Lope, también conocido como Tercio de Armada, como da fe una solicitud al rey para obtener una vacante administrativa en Indias, de 6 de junio de 1590 (12).

Mientras tanto, llegaba a la playa la segunda barcada sin mayores problemas, trayendo consigo un tren de campaña de seis piezas, vituallas y agua, ya que no había en el lugar.

El mismo autor anónimo antes citado, en su *Relación del suceso de la isla de San Miguel y rota francesa*, versifica así este momento:

«Y aunque el francés gallardo se menea,  
el valiente español no es perezoso,  
que á donde llega la espada castellana,  
corta, cercena, desbarata, allana.»

Durante todo el día continuaron las escaramuzas, trabándose batalla al día siguiente, tras conseguirse con una hábil maniobra efectuada por las mangas de arcabucería tomar las piezas de artillería enemigas y, posteriormente, la villa de San Sebastián. En el combate posterior resultaron los escuadrones franco-portugueses absolutamente desbaratados, huyendo los primeros desordenadamente y retirándose los segundos en perfecta ordenanza hacia sus fuertes posiciones en la zona montañosa, dejando Angra desamparada.

Hubo un intento por parte portuguesa de volver a provocar una estampida de ganado, como en el desembarco de la armada de Valdés, pero el terreno no

---

(12) ALCALÁ GALIANO, P.: *Servicios militares y cautiverio de Cervantes*. Madrid, 1905, pág. 23.

favoreció su intento, y los españoles, advertidos, tenían instrucciones de abrir la formación en ese caso, pasándose la siguiente consigna: «guarden las vacas; pase la palabra» (13).

Como quiera que en la ciudad había diversos navíos franceses y portugueses, se envió a las galeras contra ellos mientras se avanzaba por tierra, siendo tomados un galeón inglés, 16 naves y 14 carabelas.

Ocupada la ciudad, se concedió saco por tres días, protegiéndose los lugares sagrados y dándose libertad a medio centenar de partidarios de don Felipe.

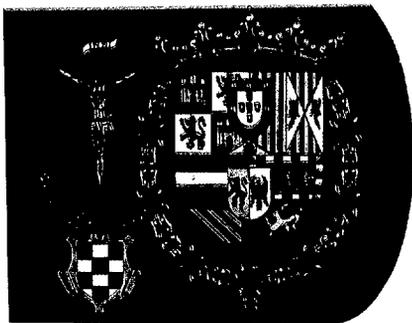
Viendo perdida la plaza principal y todos sus fuertes y polvorines, los franceses intentaron obtener buenas condiciones de rendición, pero sólo se les permitió salvar las vidas y pasaje para Francia, pudiendo conservar la espada los caballeros más principales. En la concesión que les salvó de pasar por entre las haces de los escuadrones, mucho tuvo que ver el hecho de que el general francés, monsieur de Chartres, era comendador de San Juan y, como tal, hermano de hábito de otros sanjuanistas españoles, como don Pedro de Padilla y don Diego de Bazán, hijo del marqués de Santa Cruz, que habían servido con él en la isla de Malta.

Desde Angra partió el 27 de julio el marqués de Villafranca con las galeas y otras embarcaciones, y 2.500 infantes, a la conquista de la isla de Fayal, donde reforzaban a la guarnición portuguesa 500 franceses con abundante artillería. El desembarco, nocturno y en lugar difícil, la cala de las Feiteras, se produjo por sorpresa y con pleno éxito, mientras dos galeras simulaban otro en diferente lugar.

Los subsiguientes combates, sostenidos con ardor por los franceses, supusieron sucesivos triunfos de los invasores y determinaron la rendición en condiciones semejantes a las del cuerpo principal de Terceira.

A continuación, don Pedro de Toledo pasó a las islas de San Jorge y El Pico, que se tomaron sin dificultad, quedando todo el archipiélago sometido a Felipe II junto con 35 buques de diversos portes que se hallaban en las islas.

El 13 de septiembre el *San Martín*, seguido de toda la armada engalanada y haciendo lamer el agua a las 46 insignias tomadas, hacía su solemne entrada en Cádiz, y pocos días después, Felipe II hacía venir a la Corte al marqués de Santa Cruz y le ordenaba cubrirse en su presencia, pasando este título desde entonces a formar parte de la Grandeza de España.



Estandarte de don Álvaro de Bazán.

(13) *Diario de Erich Lassota von Steblau*. Publicado por Liske, J. Lemberg, 1878. Recogido como doc. 72 por Fernández Duro, C. *Op. cit.*